

“Dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón” (Lc 2,7)

La obra que ahora contemplamos no tiene absolutamente nada de especial. No se abren los cielos de Botticelli sobre el Salvador, no flotan los magníficos y desdibujados ángeles del Greco, ni suenan los cantos de alabanza pintados por Maíno. El realismo completamente vero de Rembrandt, con su característica paleta de colores pardos y su plástica audazmente única, nos muestra una escena que seguro se asemeja considerablemente a lo que debió ser.

La más absoluta quietud domina la escena. La atmósfera está dominada por la penumbra, solo rota por el destello de luz que irradia del Niño, que hace que el farol se convierta en un elemento casi anecdótico. El pueblo que habitaba en las tinieblas vio la gran luz, que resplandeció sobre ellos. La Sagrada Familia no posee nada de la fastuosa belleza que los pintores le atribuyeron a lo largo de la historia. Una sencilla Virgen María, en compañía de su esposo, guarda todas las cosas, meditándolas en su corazón. No es la belleza dorada de la Virgen de Fra Angelico, o la heroica, casi mitológica, de Rubens. Es la simpleza de un ser humano, como cualquiera de nosotros, que dio su vida por traer a Dios al mundo.

Los pastores son gente totalmente corriente, como tú y como yo, semejantes a cualquier transeúnte de la Holanda del artista. Tres piadosos ancianos se arrodillan ante la cuna, mientras el resto contempla con contenida admiración aquello que el ángel les había anunciado, que les había nacido un Salvador, que es Cristo. Rembrandt, con su habitual franqueza, nos presenta un episodio en que nos sentimos acogidos, en paz, y al mismo tiempo interpelados. Nada en la pintura nos sobra, pero tampoco nos falta. En la íntima penumbra de un pesebre, nos sitúa en un lugar privilegiado, justo a la espalda del personaje en primer término, que con sus brazos abiertos parece romper el silencio de la escena con un “Gloria a Dios en las alturas”.

Y tú, ¿dónde estás en esta escena? ¿Eres el espectador que aguarda en la tiniebla, o te conviertes en el protagonista al que el Niño deslumbra con su luz?

Álvaro Rodríguez-Peral Vázquez  
Departamento de Actividades Culturales